

LA ILUSTRACION

PERIÓDICO

UNIVERSAL



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 60.
Número suelto 4 rs.

NUM. 35.—TOMO I.—SÁBADO 3 DE NOVIEMBRE DE 1849.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.
Ultramar y Extranjero: Año 80.

HISTORIA DE LA SEMANA.



oco importantes son los decretos que esta semana han aparecido en la *Gaceta*; haremos, sin embargo, una breve enumeración de los principales que son: uno estableciendo el franqueo de cartas por medio de sellos, según el excelente sistema inventado en Inglaterra y adoptado en Francia; bien que disponiendo prudentemente, que por de pronto, el franqueo no sea forzoso, señalando nuevas tarifas para los certificados, para el franqueo de periódicos y de obras, y adoptando en fin, ciertas resoluciones que regularicen y mejoren notablemente el sistema de correos.

En el mismo número del Diario oficial se ha publicado otro decreto haciendo un nuevo arreglo en los correos extraordinarios ó de gabinete: otro encargando al clero la administración de los bienes de las encomiendas y maestrazgos vacantes en las cuatro órdenes militares de Alcántara, Calatrava, Montesa y Santiago. También han salido otros cuatro decretos; dos admitiendo la renuncia que el teniente general Don Evaristo San Miguel ha hecho de la plaza de ministro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina, y nombrando en su lugar al teniente general Don Manuel Laufer, y otros dos nombrando al jefe de escuadra Don Casimiro Vigodet, capitán general del departamento de Cadiz, y al brigadier Bustillos, comandante general de la división naval de operaciones del Mediterráneo.

El 30 se verificó la apertura de las Cortes en la forma que estaba anunciada. El Sr. Presidente del Consejo de ministros se presentó de grande uniforme en ambos cuerpos colegisladores, y dió lectura desde la tribuna de la real convocatoria, anunciando, por último, en nombre de S. M., que quedaba abierta la legislatura.

El Senado se separó enseguida.

El Congreso, después de cubiertas las formalidades de costumbre, procedió á la elección de mesa, y quedó nombrado presidente interino el Señor Don Luis Mayans.

En el alto cuerpo colegislador presentó el Señor Peña Aguayo el 30 una interpelación.

Al esplanarla limitóse el interpelante á manifestar que después de los sucesos de la noche del 18, los continuos rumores de crisis ministerial tenían al país en un estado de desasosiego que podría tal vez producir graves consecuencias.

El señor presidente del Consejo se levantó para contestar al interpelante. Después de relatar brevemente el triste episodio que formará en nuestros modernos anales políticos el advenimiento del gabinete Clonard, manifestó el señor duque de Valencia que habiendo llegado á noticia de los ministros los rumores de que había hablado el señor Peña Aguayo, acordaron presentarse á S. M. y esponerla respetuosamente que en los momentos en que comenzaba la legislatura, desearian saber si continuaban mereciendo su confianza, y que en el caso negativo estaban dispuestos á coadyuvar en cuanto les fuese dable á que el gabinete á quien S. M. confiase las riendas del Estado, pudiese desempeñar su misión con todo el desembarazo posible. Añadió el señor duque de Valencia que la respuesta de S. M. había sido sumamente lisonjera para todos los ministros, y que en tal concepto el gabinete se presentaba ante las Cortes con la esperanza de encontrar en ellas el apoyo que necesitaba para llevar á cabo las reformas que pensaba someter á su deliberación.

Las palabras del señor presidente del Consejo fueron acogidas con general aprobación; y así quedan disipados de una manera oficial y solemne los rumores que han circulado en estos últimos días.

FRANCIA. La sesión del 22 de la Asamblea francesa se pasó toda en ella interpelaciones y debates sobre cuestiones de orden.

La del 23 tampoco no ofreció interés; estuvo reducida á

interpelaciones y á la discusión de asuntos secundarios. En la del 24 comenzaron los debates sobre la proposición de M. Creton. Tenia esta por objeto abolir las leyes de destierro contra las dos ramas de la familia real, y permitir á los individuos de ella que lo solicitaren, regresar á Francia, sujetán-



Excmo. Sr. Marqués de Miraflores, presidente del Senado.

doles á ciertas condiciones y plazos en cuanto al ejercicio de los derechos políticos. La comisión proponía que *por ahora* no podía admitirse. El ministro de lo Interior declaró que el gobierno pedía que al *por ahora* de la comisión se sustituyese un *desde ahora*. Los debates fueron muy animados, rayando

á veces en turbulentos. Tomaron parte en ellos el autor de la proposición; M. Dufaure, M. Napoleon Bonaparte, M. Berrier y otros. Hacia largo tiempo que el afamado orador legitimista no ocupaba la tribuna; y su presencia en ella para tratar de un asunto que tan directamente tocaba á la familia real, excitó vivo interés. M. Berrier combatió el dictámen de la comisión, opinando que debía desecharse decididamente la proposición: su discurso fué largo y elocuente, y en mas de un pasaje excitó la ira de la *montaña*.

La sesión del 25 fué una serie no interrumpida de gritos, vociferaciones y amenazas. Discutiase la proposición de M. Napoleon Bonaparte, para que se permita la vuelta á sus hogares de todos los que han sido deportados por medida gubernativa. El orador le apoyaba con lenguaje apasionado y la *montaña* le aplaudía con frenesí, cuando comenzó la mayoría á interrumpirle y á dirigirle apóstrofes mas ó menos violentos. Entre estos sobresalió el de M. Dahirel quien manifestó que M. Bonaparte había sido uno de los que con mas calor apoyaron la autorización concedida al gobierno para las deportaciones. Nególo M. Bonaparte, y entonces muchos representantes de la mayoría se levantaron para apoyar el dicho M. de Dahirel. Aquel insistió en negar, y por último dijo que este mentía. Entonces estalló una escena en que las imprecaciones, denuestos é insultos se cruzaban por todas partes, resultando varios retos y desafíos que debían llevarse á otro terreno. El presidente pudo al fin hacerse respetar, y el tumulto quedó apaciguado. En seguida fué desechada la proposición.

Cansada la Asamblea de las borrascas y tempestades que estallaron aquel día, estuvo muy tranquila y sosegada al siguiente. La reyerta entre M. Napoleon y M. Dahirel ha quedado transigida por la intervención de los padrinos que cada partido había nombrado.

La sesión del 26 no ofreció ningun interés.

El *Moniteur* anuncia que el general d' Hautpoul ha sido nombrado ministro plenipotenciario cerca de la Santa Sede, en reemplazo de M. de Corcelles, cuyos poderes están á punto de espirar.



Casa en que ha muerto Carlos Alberto en Oporto.

Circularon rumores de la salida del gabinete de M. de Falloux, suponiéndose que iba á ser reemplazado por un individuo del partido de M. Dufaure. Este suceso produciría naturalmente un rompimiento entre el gobierno y la mayoría, y por eso se manifestaron los especuladores sumamente alarmados.

ALEMANIA. Por fin se ha publicado el convenio que ha mediado entre el Austria y la Prusia para el arreglo de la cuestión alemana. Es de notar que todo queda pendiente, y que tan solo han conseguido entenderse ambas potencias acerca del punto relativo al nombramiento de una comisión ejecutiva por un tiempo muy limitado. Esto prueba que el Austria tenía mucha prisa, y que ha atropellado por todo para salir pronto del paso.

De resultas del convenio firmado para el arreglo de la cuestión alemana el archiduque Juan, vicario general del imperio, ha presentado por escrito su abdicación.

Los periódicos alemanes publican relaciones que desgarran el corazón sobre los últimos momentos del conde Batthiany y de otros personajes húngaros que han sido ajusticiados, en virtud de sentencias pronunciadas por consejos de guerra, y aprobadas por el mariscal Haynau.

La *Gaceta* de Viena del 16 publica en su parte oficial el convenio firmado entre el Austria y la Prusia para el establecimiento del poder central alemán. Al pie se encuentra la ratificación, y en seguida una declaración del vicario general, concebida en los siguientes términos:

«Dox mi asentimiento al convenio concluido en Viena el 30 de setiembre último entre el gobierno austriaco y el prusiano con objeto de formar un poder provisional para la Alemania, cuyo convenio ha sido firmado por el príncipe Schwartzemberg y el conde Bernstoff.

Declaro además que en cuanto los gobiernos alemanes hayan prestado su asentimiento á este convenio, haré entrega á S. M. el emperador de Austria y á S. M. el rey de Prusia de los derechos y poderes que me fueron conferidos é impaestos por la Asamblea nacional el 12 de julio de 1848.

El emperador de Austria ha decretado que todas las ventajas concedidas á los defensores de la plaza de Comorn serán aplicables á los que se entregaron en Peterwardein sin capitulación. Este acto de generosidad ha sido perfectamente recibido.

Se hablaba mucho de aumentar el ejército, el cual se compone actualmente de 650,000 hombres, y de los acantonamientos en que se situaría durante el invierno. En las conferencias celebradas en Viena se ha resuelto, según parece, que un ejército de 120,000 hombres, al mando del príncipe real de Prusia, se situará desde Dusseldorf hasta Baden; á este seguirá por la izquierda en el Voralberg, otro de 50,000 austriacos bajo las órdenes del mariscal Haynau, y á este se unirá, siguiendo siempre la izquierda, el de Italia al mando del mariscal Radetzky, cuyo cuartel general estará en Milan ó Verona. En el centro de esta línea formarán las fuerzas de la Confederación germánica, compuestas de bávaros, sajones y wurtembergueses. A la espalda de estos se encontrará el ejército de Bohemia cuyo centro será Praga, y por último servirán de reserva á tan imponente masa los 180,000 rusos que se encuentran en Polonia.

Los gabinetes de Austria y Prusia han invitado al de Baviera á que se adhiera al tratado de organización de la Alemania. La Baviera ha respondido que se adherirá bajo ciertas condiciones.

Los periódicos alemanes se ocupan de los rumores de crisis ministerial que corrian en Viena, los cuales, según la opinión general, no tienen consistencia. El actual presidente del Consejo, príncipe de Schwartzemberh, merece toda la confianza del emperador de Rusia, y el Czar ejerce demasiada influencia en la situación actual del Austria, para suponer que pueda prescindirse de los servicios de aquel personaje.

La segunda Cámara prusiana se ocupa actualmente de la organización de la primera. La cuestión es de la mayor importancia, y las opiniones se encuentran muy divididas, como lo indica la multitud de enmiendas que han sido presentadas al proyecto del gobierno.

TRIBUNALES.

Nueva vista de la causa formada en esta Corte contra Antonio y Clara Marina, por doble asesinato. Ejecución de los reos.

Celebróse la vista de esta causa á la que asistió una concurrencia extraordinaria.

Clara Marina iba medio enlutada, con un vestido de percal negro con lunares blancos, y una mantilla de casco de seda, guarnecida de tul, con cintas negras de raso; llevaba las manos sueltas, el cabello partido y bien compuesto, y su semblante, aunque sereno, revelaba alguna mas agitación que las últimas veces que compareció en público.

Antonio, vestido con un pantalón de paño blanquecino, una chaqueta negra y una camisa hecha girones, tenía las manos sujetas por las esposas, y la cabeza caída sobre el pecho; su mirada rastrera, la palidez de su semblante y la barba á medio crecer, le daban un aspecto sombrío, por el que era difícil distinguir si el remordimiento, la vergüenza ó la hipocresía le tenían en aquel estado; lo que no se podía sospechar mirándole con atención, era que fuese la inocencia la que le tenía tan abatido.

Sentados frente á los jueces en los banquillos negros, empezó la relación del proceso. A las primeras páginas y cuando llegó el relator á las palabras del sereno, que declaró haber visto caer un hombre, muerto al parecer, con los brazos colgando y la cabeza hacia el suelo, Antonio Marina, que hacia rato estaba sollozando, se desmayó sobre el hombro de su hermana, y esta le cogió, limpiándole la cara con su propio pañuelo. El presidente del tribunal mandó que le diesen un vaso de agua, y que entrase el facultativo de la cárcel, que lo hizo acompañado del enfermero de la misma. Dispusieron una antiestérica, de la que bebieron diferentes veces los dos hermanos, y Antonio volvió en sí, pero sin alzar la cabeza, y hasta el final de la vista estuvo reclinado en el hombro de un portero de la cárcel.

No extractaremos aquí la defensa ni la acusación, porque ambas fueron reproducción con pequeñas variaciones de las pronunciadas en las anteriores instancias. El Fiscal de S. M. apoyado en el art. 324 y párrafo 2.º del 70 del código penal, pidió la confirmación de la sentencia.

El presidente se dirigió á los acusados diciéndoles si tenían algo que alegar en su defensa, y ambos se pusieron en pié.

Clara Marina se adelantó, y con voz clara y fuerte dijo: —«Nosotros no hemos visto ese difunto que dicen que estaba en el corredor, y que le arrojamos al patio, ni sabemos nada de eso.»

El procesado Antonio, á quien momentos antes y por disposición del médico le habían quitado las esposas, y que hasta entonces habia permanecido con la cabeza caída sobre el pecho y reclinado sobre el hombro del carcelero, se adelantó hasta las gradas del tribunal, y con la cabeza erguida, voz fuerte y acento altanero dijo:

—«¿Quién me ha visto á mí en los billares y dónde he robado yo, ni quién tiene nada que decir de mí? Yo tengo buena conducta y soy tan hombre de bien como cualquier otro, y á ninguno de mi familia tienen que echarle en cara nada.»

Clara le interrumpió gritando: —«A nosotros nos quieren mal y por eso tratan de perderlos... pero Dios nos protegerá.»

Antonio volvió á hablar y dijo: —«Yo no sé nada de todo eso que se dice, pero nos quieren mal... Dios nos perdone.»

El presidente dió por terminada la vista, y el tribunal se retiró á deliberar.

Clara estuvo animando á su hermano á que estuviera sereno todo el tiempo que duró la vista, y aunque ella dió muestras de afligirse alguna vez en los momentos mas críticos, cuando se detallaba el estado en que se hallaron los cadáveres, la vimos serena y sin señales de la menor emoción. Cuando el fiscal la apostrofaba, por decirlo así, cuando se condolia de la muerte del desgraciado Lafuente, cuando pintaba con horror la ingratitude de la procesada, ella le miraba con desenfado, y sin participar de la conmoción que sentíamos cuantos estábamos en la sala. Esta muger, cuya fisonomía hemos descrito en otra ocasión, se manifestó *consecuente consigo misma*, y si pareció algo mas afectada que de ordinario, fué porque ambos acusados perdían su imperturbabilidad cuando se veían reunidos. Adivinar si eso era impulso natural de la sangre que corría por sus venas, ó vergüenza de la que ambos derramaron, no es posible.

La Sala confirmó la sentencia, por la cual se condenó á Antonio y Clara Marina á sufrir la pena de muerte en el sitio de costumbre. A las tres fueron citados los reos á las puertas de las respectivas capillas, donde se les notificó la sentencia. Clara la oyó serena é impasible; pero derramó algunas lágrimas, cuando el ruido de los grillos la anunció que bajaba su hermano. Este lloró al oír la sentencia, y se afectó de una manera tal que á las cuatro y media estaba atacado de una fuerte convulsión, y fué preciso que el médico acudiese á la capilla.

Tendido en el suelo sobre tres sucios colchones, dentro de un calabozo pequeño y fétido por la suciedad del pavimento y de las paredes, y el olor de la bebida antiestérica que le dieron, se hallaba Marina manifestando un furor reconcentrado y una ira brutal que helaba la sangre de todo el que le observaba.

Manifestóse poco dispuesto á escuchar las palabras de los sacerdotes, negándose á confesar sus culpas, y contestando con insolencia á los solícitos hermanos de la Caridad, que se afanaban por procurarle el mayor alivio en su triste situación. Se obstinó desde el principio en negar el crimen, que su hermana habia confesado ya privadamente, y entre varias respuestas que escribió á las preguntas que le hacían, puso varias veces estas palabras:

Yo no tengo que dar cuenta á nadie de lo que he hecho... no me remuerde la conciencia de nada y escuso confesarme.

Semejante cinismo escandalizó á las mismas gentes de la cárcel, y á uno de sus compañeros de prisión, tuvo la audacia de decirle: *Permita el cielo divino que pronto te veas donde yo...*

El compañero se retiró horrorizado. El señor arzobispo de Toledo acudió también á la capilla, solícito de ejercer su elevado ministerio, en beneficio de aquella alma empedernida, y el digno sacerdote tuvo que retirarse sin haber conseguido que el reo se dignase contestarle. La víspera del suplicio pidió papel, y con letra clara escribió estas desordenadas palabras:

Maria García, Basilia, Tomasa, Savina, madre Agueda y hermanos, ya no me volveréis á ver.

Que venga el barbero Llorente, calle de Jacometrezo número 10.

Clara Marina siguió obstinada en negar á ciertas personas su crimen; pero á otras les confesó: «que ayudada de su hermano y de un amigo de este, habian asesinado á su amo, y que luego entre los dos mataron al cómplice por no querer

seguir sus consejos de robo; que el asesinar á su amo Lafuente, habia sido porque este la dijo á las antes que habia resuelto casarse con... (y nombró la persona); á lo que Clara le contestó.—Le juro á V. que no se casará. Que desde entonces concibió el proyecto de asesinarle, como desgraciadamente lo hizo.»

El suplicio de los hermanos Marina ha sido una especie de solemnidad á que acudía la multitud, ávida de terribles emociones, ni mas ni menos que como corre otras veces á ver un drama sangriento ó una fiesta de toros.

Cuales puedan ser los resultados morales de esos espectáculos, no es de este momento el decirlo: bástenos hacer observar el hecho de no haber permanecido en sus casas ni una persona de las que pertenecen á la clase inferior de la sociedad; y que afligía el verlas precipitarse ciegas por no perder el menor incidente de la esperada ejecución.

Por lo demás, los reos no han entretenido al público con ningun suceso extraordinario.

Llegado el momento fatal, los sentenciados salieron de la cárcel montados en borricos y cubiertos con el saco que prescribe el código. Antonio iba delante muy abatido y desfigurado, sostenido casi por los hermanos y sacerdotes que le asistian, y sin repetir ninguna de las palabras que estos le dirigian.

Por el tránsito fué con la cabeza caída sobre el pecho, y levantando las manos que llevaba sujetas con las esposas, sin dar muestras de contrición, á pesar de las piadosas exhortaciones de los sacerdotes; pero al salir al campo alzó la cabeza, y recobró una energía que conservó hasta la muerte. En la calle de Toledo pidió que le diesen á beber vino de Cariñena, y como no lo hubiese de esta clase en la taberna inmediata, se lo dieron tinto y no lo bebió, no sin soltar antes una blasfemia, de que se horrorizó el sacerdote, aplicándole el crucifijo á los labios.

Llegado á la escalera del tablado, donde le esperaba el último ejecutor de la ley, y antes que lo bajaran del burro, dijo con voz fuerte y clara: *¡Qué desgraciado he sido!* Un sacerdote de los que mas habian trabajado por salvar su alma, se abrazó á él, y sin soltarle se sentó en las gradas, donde le recibió la confesión, y absolviéndole subió con él al cadalso. Antonio Marina subió solo la escalera del patíbulo, y dirigiéndose al verdugo le preguntó: *cuál de us palos era su asiento*, y se acomodó en el que le designó el ejecutor. Miró á todas partes y en derredor suyo, y reconviéndole el sacerdote dijo: *Quiero ver la argolla*. Efectivamente, la vió el infeliz, repitió las primeras palabras del Credo, y... dejó de existir. Los sacerdotes se colocaron delante para ocultar á Clara el cadáver de su hermano.

Esta que en la carrera seguía á su hermano á bastante distancia, iba firme, aunque no tanto como se habia manifestado en la capilla. Repetía con fervor las palabras de los que la auxiliaban, y de vez en cuando se cubría el rostro con la estampa del Salvador que llevaba en las manos. Al subir las escaleras del patíbulo fué necesario ayudarla, y sin dejar un instante de dar señales de su arrepentimiento, espiró entre las manos del ejecutor de la justicia.

La concurrencia de gentes, especialmente del pueblo bajo que acudió á preseciar este acto y á ver á los reos por la carrera, fué tan extraordinaria, que no se recuerda haber sido mayor en ningun otro espectáculo hace mucho tiempo. Por la calle de Toledo y sus inmediatas no se podía transitar y fuera de la puerta la multitud llegaba hasta el puente y se estendía desde el portillo de Embajadores, por la margen del Manzanares, hasta mas allá del portillo de Gilimon.

Al frente de los cadáveres estrajeron á un caballero las monedas que llevaba en el bolsillo.

¡Ojalá que el tremendo juicio pronunciado contra los hermanos Clara y Antonio Marina, sirva de saludable ejemplo á los que viven encenagados en la perversidad y el crimen! ¡Ojalá que sus cabezas sean el último despojo del verdugo!

Las gentes se han ocupado muchas horas despues de todas las circunstancias de tan triste escena, haciendo diferentes versiones de los antecedentes de los reos. A él se le atribuye un asesinato ocurrido en la calle de la Cruz del Espíritu Santo, y cuyo autor no habia podido averiguarse aun. También parece que se ha logrado saber quien era el hombre muerto que se halló en el patio de la casa del desgraciado Lafuente; se dice que era uno que claveteaba los zapatos de los aguadores en la fuente de la red de san Luis.

A la misma hora en que salian de la cárcel para el patíbulo Antonio y Clara Marina, entraba por la puerta de Atocha el cadáver de otra hermana suya que se hallaba sirviendo en casa del general Balboa, y la cual se suicidó arrojándose al canal de Manzanares.

Esta infeliz, á quien el crimen de sus hermanos indujo dias anteriores á atentar contra su vida, ha consumado al fin su pensamiento, sucumbiendo á la vergüenza del suplicio que á aquellos aguardaba.

Para complemento de tan horribles desastres, parece que la madre de la infortunada familia que nos ocupa, ha perdido la razón. La pluma se resiste á referir sucesos de tal modo crueles!

TEATROS.

ESPAÑOL.—Saul.
Por fin, aunque parezca cuento, hemos tenido al cabo ocasión de asistir á la tan anunciada y encomiada representación de Saul. Tócanos ahora examinar, si ha correspondido á los repetidísimos anuncios pomposos, rumores y grandes gastos que la han precedido. Para esto conviene establecer

una separacion muy marcada, entre el juicio que hemos formado de la obra y entre la ejecucion y el aparato escénico de que ha sido exornada.

Como punto de partida, permitásenos apuntar ligeramente lo que pensamos acerca de la tragedia, en el estado actual de nuestra literatura y de nuestras costumbres. Creemos nosotros que la tragedia clásica, como fruto de una civilización muy remota, no tiene las condiciones necesarias para que los que cultiven este género de trabajos puedan contar con el beneplácito de nuestro público. Los héroes que están á su alcance, no tienen, en verdad, nada que ver con los Aquiles ni los Príamos; ni los infortunios de estos pueden fácilmente acomodarse á la comprension de los espectadores de nuestra época, ni las formas con que el teatro griego presenta las aventuras de aquellos guerreros, se avienen bien con el estado material y moral de nuestra escena.

Por lo mismo que la tragedia era para los griegos el único drama acomodado á su civilización y á su época, por lo mismo nuestra civilización y nuestra época tan opuestas á las suyas han de rechazar la tragedia griega. En vano buscarán los poetas asuntos y personajes griegos y romanos, en vano se esforzarán en hacerlas obrar y espresarse como se presume que se espresarian y obrarian: los que tal intenten, si consiguen confeccionar un cuadro exacto y verdadero de la tragedia primitiva, cosa punto menos que imposible, pueden estar seguros de que no lograrán hacerse entender del público: si, por el contrario, sus trabajos dan por resultado un cuadro de las pasiones, de los pensamientos, de las costumbres modernas, vestido á la griega ó á la romana, pero constituyendo un todo heterogéneo de acontecimientos antiguos con el colorido moderno, resultará una cosa lánguida, fría, desmayada y oscura, que no será tragedia, por mas que se halle revestida de ciertas formas, de frases correctas y de un estilo elegante; además, el efecto seguro de esta composición será el sueño del público. Al sentar estas nuestras ideas, no se crea que negamos que haya un género de obras dramáticas que pueda llamarse tragedia y que cuente con las simpatías de los espectadores de ahora; lejos de esto por el éxito de algunos dramas modernos que han invadido la musa trágica, la esperiencia ha hecho conocer que hay una tragedia posible en esta época, pero una tragedia mas verosímil y ajustada á nuestra civilización y á la inteligencia de nuestro público de hoy. Este género no se cura de la barrera puesta por el clasicismo entre el coturno y el zueco, ni se sujeta tampoco á acomodar sus inspiraciones á la antigua norma, sino que busca la belleza aun á costa de la transgresion de las rígidas leyes señaladas por los clásicos á la escena dramática y la verosimilitud, ajustándose mas á la humana naturaleza y admitiendo la mezcla de lo familiar y lo sublime; bástale que la accion de la composición dramática verse principalmente sobre un asunto patético y que produzca en el ánimo del espectador el terror y la compasion, inclinándolo al amor de la virtud, y finalmente, que en el desarrollo del asunto trágico, se tengan presentes las formas propias del drama de buen género, cuya distancia de la tragedia, tal cual puede admitirse hoy día, no es ciertamente muy grande.

La que acaba de estrenarse en el Teatro Español, es puramente clásica y conforme al tipo convencional que determina el género antiguo, sin que por eso deje de adolecer de los anacronismos é inexactitudes históricas en que, como hemos manifestado, tiene que incurrir quien se decida hoy á acometer semejante empresa: el efecto que en general ha causado la obra en el público, es ni mas ni menos que el que hemos pronosticado arriba, segun el camino á que el poeta necesita inclinarse al presente en producciones de esta clase; para la mayoría de los espectadores han pasado sin comprender las bellezas propias del género trágico, que encierra en sí lo mas elevado del arte, sin producir ni terror ni compasion. Los términos propios de otras épocas y costumbres, los arranques de patriotismo tribunicio, los puntos de contacto, en fin, con el drama moderno han aparecido débiles, lánguidos, pesados.

El argumento participa de estas cualidades, la esposicion es mezquina y descolorida, y tanto el primer acto como el segundo se hallan intercalados de episodios y de coros que truncan la accion principal. Pero en el acto tercero puede decirse que está reunido todo el interés y las buenas situaciones de que carecen los demas; la escena entre Saul y Samuel es realmente magnífica y digna de admiracion. El cuarto acto no puede sostener la comparacion con el anterior, pero tiene tambien bellezas de primer orden. En cuanto á los caracteres, el de Samuel, el sacerdote elegido de Dios para anunciar á los israelitas el yugo que se imponian nombrando á un rey, es el mejor trazado y sostenido, y llena todas las condiciones del arte; los demas caracteres, incluso el del mismo Saul, aparecen indecisos, tocados con flojedad, el de David carece de importancia y hasta de interés; los amores de David con Nicol no tienen otro objeto que el que haya unos amores en la tragedia, aunque aparezcan frios y de ningun efecto. Por lo demas, el estilo de la obra es correcto y elevado, la versificación magnífica, siempre armoniosa y clásica, elevada muchas veces, pero con poco sabor bíblico. En resumen, con menos ponderaciones que las que tenían preparada la opinion del público, haciéndole esperar una obra maestra, Saul hubiera logrado un triunfo tan completo como merecido: la manía de elogiar desmesuradamente y con anticipacion, á que se muestran tan inclinados los allegados al Teatro Español, ha hecho que la excelente obra de la Señora Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda aparezca mas débil é imperfecta.

No menos ponderaciones que de la tragedia se habian esparcido acerca de la ejecucion, de las decoraciones y del aparato escénico. En cuanto á la primera no podemos menos de decir que ha sido muy débil; sabemos bien que no es

fácil hoy encontrar en nuestra escena actores que representen la tragedia, porque á causa del desuso, las tradiciones de la declamacion trágica se han perdido casi del todo; pero, francamente lo decimos, no esperábamos que la obra de la señora de Avellaneda tuviese tan poco que agradecer á la ejecucion. Fuera del señor Calvo que en su papel de Samuel estuvo admirable y se remontó considerablemente sobre sus compañeros, los demas actores, incluso el señor Valero, encargado del papel de Saul, que si tuvo momentos felices en los últimos actos, no se sostuvo en los demas en la altura que de él debía esperarse, los demas actores, decimos, poco ó nada contribuyeron al buen éxito de la funcion; el señor Arjona especialmente, demostró que no posee la entonacion de la tragedia, haciendo notar mas aun que nunca la aspereza de su voz inflexible y descompasada, y la falta de dignidad en sus maneras.

El aparato escénico de la tragedia es mas relumbrón que suntuoso y adecuado á la sencillez bíblica que debía dominar en la escena.

Las decoraciones, aunque bien pintadas, estan muy lejos de sostener la ilusion, ni de corresponder al tiempo y á los desembolsos que han costado. Si no nos hubiéramos alargado tanto en este artículo, haríamos notar infinitos pormenores, que parecen dispuestos espresamente para que el espectador no olvide que lo que tiene á la vista es lienzo y madera, alumbrado por gas. Apuntaremos, aunque sea de paso, algunos defectos garrafales de direccion de escena y maquinaria: las gasas que se corren en el primer acto para oscurecer el celage, caen con todo el lleno de luz en la escena, permitiendo contar las costuras de las uniones; los soldados que suben en el primer acto la montaña del fondo, se presentan con el intervalo de dos minutos, desde el primer término, en otro muy lejano que pretende suponerse á un tiro de cañon de distancia; la luna se reproduce en otra luna concéntrica por medio de una candileja diestramente colocada, para que los astrónomos se den de calabazadas averiguando las causas de este nuevo fenómeno.

Pedimos la supresion de los felpudos verdes, que con el mayor tino rodean el campamento del último acto: si son fruto de alguna investigacion histórica, que ha demostrado que el refinamiento de los ejércitos de aquella época llegaba al extremo de usar semejantes medios de conservar el calor de los pies, pase; pero si la exhibicion de los tales felpudos es debida á la pretension de figurar yerba, que es para lo que los hemos visto en uso en algunos teatros de Francia, en este caso creemos la mas feliz de las invenciones, figurar el verde fresco y lozano en todas las inmediaciones, entradas, salidas y pasos de las tiendas, y no presentar ni un tallo en todas las planicies inaccesibles que se descubren: los listones de resalto en los lienzos, las escaleras á la vista del espectador, las líneas luminosas verticales que á veces cortan las montañas del fondo de la última decoracion, denunciando la union de dos paños del lienzo, y otras mil faltas de este jaez, desluce completamente decoraciones de mérito, sin duda, y que tiene además el del dinero que han costado. Y á propósito del dinero; ¿no seria mejor que ya que se gasta en sostener en el Teatro Español un pintor como Philastre, se le encargaran decoraciones de uso frecuente, en vez de ocuparle en pintar templos, palacios y campamentos, que no tienen mas vida que las representaciones que pueda dar de sí Saul? ¿No seria mas acertado, que el Sr. Philastre pintara una plaza pública, una selva, una calle, un salon regio y otras decoraciones generales que pudieran servir de constante estudio á nuestros jóvenes artistas y de cotidiano reemplazo á los vetustos y mal parados telones de Lucini?

Por las desaliñadas líneas que bajo las impresiones de una sola representacion acabamos de trazar, con el apuro de quien abandona las cuartillas al cajista segun las va escribiendo, creemos haber sentado, en conclusion, que Saul es una obra de arte, muy apreciable, aunque el público, por no satisfacerle las condiciones de este género de obras, por entenderlas mal, por no percibir las bellezas puramente académicas, por echar de menos mayor movimiento en la accion, y por fatigarse tambien de conservar el ánimo en una expectativa constantemente grave, no haya hecho una acogida digna á esta nueva produccion del distinguido talento de la Sra. Avellaneda; que la ejecucion no ha sido feliz; que el aparato escénico, en fin, no conviene con las costumbres israelitas, ni corresponde á las ponderaciones y á los gastos hechos.

EMBRIAGUEZ Y TEMPLANZA.

El vino es el mas convencional, el mas falso, el mas detestable de todos los placeres; tanto, que llega á convertirse en un vicio de los mas repugnantes: vicio que si bien denigra y rebaja, hasta enlodazarlas, á las mas altas clases de la sociedad que incienza sus aras, es mucho mas nocivo á las clases menos acomodadas de la sociedad, á los brazos de nuestra agricultura y de nuestra industria, que es á quienes mas especialmente intentamos dirigirnos hoy. En efecto, nada nos parece tan urgente como el que dichas clases se penetren de las reflexiones que, aunque ligeramente, vamos á apuntar.

El hombre del pueblo que bebe, disipa todo cuanto gana para satisfacer sus apetitos impuros, privando de esta suerte á su familia de lo mas necesario: se deshace, objeto tras objeto, de los mas indispensables de su casa; y muy pronto, desprovisto de todo, no solo se priva de la felicidad de poder socorrer á sus semejantes, sino que crea la indigencia para sí y para los suyos! La indigencia que concluye por depravar la mente y el corazón; la indigencia, que nos familiariza con las cosas mas repugnantes, con los malos pensamientos la indigencia que nos convierte en envidiosos y en fáciles á sucumbir la indigencia que conduce al robo.

E insistimos mucho sobre este punto. El hombre del pueblo que bebe, no produce solo para sí estos espantosos resultados, sino que tambien para los que dependen de él.—Y, aun cuando muchos de los que lean este negro cuadro esclamen:—Cuanto ahí se halla escrito es verdad, respecto á los beodos de profesion; pero á mí, que no cometo un exceso sino por acaso, no va dirigida esa leccion.—Se engañan.

Aun cuando no se beba sino una vez, dos veces, tres veces al año, pueden tener lugar en esas solas veces todos los accidentes, todas las desgracias á que puede dar lugar la embriaguez. En la impotencia en que se está de sí mismo, se ha podido dar un golpe azaroso, se ha podido descubrir un secreto de que se era depositario, ultrajar á su muger, á sus amigos, dejándoles en el corazón una herida profunda; además se ha dado siempre un mal ejemplo á los demas y á sus hijos, se degrada ante ellos, se ha presentado á sus ojos en un estado de que guardan repugnante recuerdo, ha atentado á su confianza como gefe que es de su familia.

Mas aun no lo hemos dicho todo. El que bebió beberá, dice el proverbio; empero la terrible verdad que encierra el proverbio no suele fijar mucho nuestra atencion. De vez en cuando nos olvidamos de ella, y poco á poco vá haciéndose la costumbre; insensiblemente se pierde el sentimiento del peligro, y se cae en el mal.

No queremos decir que todos los que no han temido un exceso, por acaso deban innecesariamente llegar á ser víctimas de este vicio de intemperancia: lo que si decimos es que de ellos es de donde brota el vicio. Los beodos de profesion han comenzado todos por ser *graciosos ó buenos bebedores*.

Aparte del peligro de la embriaguez es necesario convenir en que el beber con exceso trae consigo la repugnancia y la acedia: un uso mesurado nos tiene, al contrario, el buen talante. De la propia suerte que se hastían los ricos abusando de los placeres, los pobres que abusan del vino, le privan de las virtudes beneficiosas que puede contener.

La templanza consiste en no beber sino cuando se tiene sed, y en no prestar oídos á esa sed ficticia, inextinguible, malévolá, que engendra el acto mismo de beber, cuando se salvan los límites de la naturaleza. Medio vaso nos sostiene; un vaso nos abate como á un puercito saciado. Es evidéntísimo que el medio vaso es preferible al vaso: basta con echar mano de una muy leve parte del libre albedrio para no entregarse á una sobrecitacion, cuyos efectos perniciosos son conocidos de antemano. Los griegos, no obstante que era un monstruoso bebedores, apellidaron la templanza *Sophrosina*, guardiana de la sabiduría. En esto se deja ver esa maravillosa exactitud en los juicios, que caracteriza su filosofía. La templanza, en efecto, nos hace fuertes y reservados conservándonos todo nuestro imperio sobre nosotros mismos; por lo tanto es una verdadera salvaguardia de la sabiduría. El uso immoderado del vino altera la libertad del pensamiento, privándonos, cuando se apodera de nosotros, de la posesion de nuestras facultades. En este sentido decían los romanos: *In vino veritas*; en el vino se halla la verdad: axioma que, entre paréntesis, favorece muy poco la sinceridad humana. Por lo mismo tambien, á causa del conocimiento de semejante efecto del vino sobre la economía intelectual del hombre, fué por lo que nuestros padres, de la propia suerte que los antiguos galos y los germanos, tenían la costumbre de tratar en la mesa, tanto los asuntos privados como los intereses públicos. De este modo hubieron de dar con un medio de satisfacer á la vez su amor por la franqueza y por el vino. Decían que la sobriedad era una astucia,—calumnia de beodos,—y creían ahogar todos los fraudes en la voracidad alcoholica. La historia nos refiere que lo que únicamente ahogaban era la razon.

El hecho mas probado es que es mucho mas el mal que e bien que se encierra en el vino; no es la verdad sino la indiscrecion lo que en él se contiene, cuando no nos sumerge en un estado en que hasta se pierde el uso de la palabra. Si fuera posible que un hombre se viera cuando está embriagado, beberia agua durante toda su vida. Deberia por lo menos verse retratado en esos infelices que caen rodando en medio del arroyo, despues de haber andado tambaleándose durante algun tiempo, y á quien un resto de caridad pública recoje y oculta en cualquier ignoto rincón. ¿Qué espectáculo tan odioso y tan repugnante! Es preciso ver aquella fisonomía abotargada, aquellos ojos apagados, aquellos cabellos herizados, aquella boca entreabierto por innobles movimientos convulsivos, aquellos labios caídos, de donde se escapan sonidos inarticulados semejantes á los gruñidos de un animal inmundó; aquella cabeza nadando en medio de deposiciones asquerosas! ¿Qué se ha hecho de la noble fisonomía humana acerca de la cual se ha dicho, para espresar su belleza, que el criador del cielo y de la tierra la hizo á imagen suya? El hombre embriagado esparce un olor infecto, se revuelca en su fango, se mancha con él sus ropas todas, hasta que por fin bañado en un sudor viscoso, cae en un sueño profundo, pesado, estúpido, letargo mas bien que sueño, y del que muchas veces no suele despertar. Empero, vuelve á la vida, considerad aquel cuerpo azulado, hinchado, lleno de granos incandescentes; aquellos párpados hinchados que no pueden levantarse, aquellas miradas estúpidas, aquellas posturas á la vez ridiculas y repugnantes; aquellas piernas vacilantes que no pueden sostenerlo, cuando, al brillo incierto de la razon que antes le alumbraba, pretende huir para ocultarse á todas las miradas.

Ya en su casa, tarda mucho tiempo en volver á recuperar sus fuerzas intelectuales y físicas, que pierde pronto si tiene la desgracia de quebrantarlas así muy á menudo.

En efecto, todos sabemos que la costumbre de embriagarse acaba por apagar las facultades mentales. Es facil darse cuenta del fenómeno de la insalubridad producida por el abuso de los licores fuertes, y nosotros queremos intentar con el objeto de hacer ver que no aumentamos el mal para que produzca repugnancia.

La ciencia no ha podido descubrir aun *por qué* agolpa mas aun la embriaguez la sangre á la cabeza que á otra parte del cuerpo; sin embargo, es cosa probada que se produce el espesado efecto. Los vasos sanguíneos del cerebro se tornan entonces plethóricos, es decir, se llenan escesivamente, y de esta suerte queda trastornada la economía cerebral. Desde entonces, como que todas las facultades residen en la masa encefálica, pierden su estado natural, se tornan obtusas, y no pueden mandar á los órganos que las obedecen. No solo mata la inteligencia, sino que sucede lo propio con los sentidos, porque el cerebro no les presta sino una impulsión desarreglada. Tal es la razon por qué no es lúcida la voluntad, por lo que la lengua está torpe, y son sus movimientos desordenados. Por la propia causa, es decir, por la plenitud de los vasos sanguíneos, es por lo que produce la embriaguez una inmediata somnolencia. La fisiología actual, que sabe demasiado para no haber de confesar que ignora mucho, confiesa que no sabe cómo obra la plétora sanguínea sobre el cerebro, para producir el sueño: pero el hecho se halla averiguado. Así que, cuando una herida deja descubierta una parte de la masa cerebral de un hombre ó de un animal, se puede adormecerlo en cierto modo con la mano. Ejérzase una presion sobre el cerebro, y el sugeto se duerme; suspéndase, y se despierta; vuélvasele á colocar, y se volverá á dormir. Pero, como el estado plethórico es un estado anormal, irregular, el sueño sigue esta misma condicion: es apoplético, invencible, y por consecuencia mal sano. En este caso se le aplica la denominacion de letargo.

Ahora, si nos hemos explicado con suficiente claridad para haber sido comprendidos, podrá juzgarse perfectamente qué es lo que debe suceder á los que se entreguen frecuentemente á la embriaguez. Los vasos invadidos con escesa frecuencia por la sangre, funcionan mal, el cerebro enferma, su poder se debilita, y de aquí se deriva la parálisis, la perturbacion mental, la imbecilidad, la locura. La medicina nos enseña que la embriaguez contribuye en mas de una cuarta parte á poblar las casas de locos.

No hablamos de los desgraciados á quienes conduce á la muerte; estos son los que sufren menor castigo; nos limitaremos á decir que de las estadísticas resulta, que la embriaguez arrastra anualmente al fin de su existencia á mas de cincuenta individuos á consecuencia de los escesos báquicos.

Cuantos peligros son inherentes á los abusos del vino, han llamado muy vivamente la atencion de los hombres de sana moral en Inglaterra, Alemania y América. En los espesados países se han formado sociedades llamadas de Templanza, cuyos miembros todos se obligan bajo juramento á no beber vino, ni aguardiente, ni licores. En España no ha habido nadie que tome aun la iniciativa para la creacion de semejantes sociedades; de desear sería que el pueblo las formase por sí mismo, reduciéndose á los límites de sus prudentes hábitos, no bebiendo, por ejemplo, sino una cantidad determinada de vino, si es que no se quiere condenar al uso esclusivo del agua.

¿Por qué, si no, no había de reemplazarse el vino por el café, como entre los musulmanes? Ya que parece que los hombres no han de poder divertirse, sin ingerir algun líquido en sus estómagos, seguramente que es preferible el café al vino: no trae las terribles consecuencias que todos nuestros licores fermentados, ni embrutece tampoco á aquellos que usan de él con esceso. ¿Por qué no ha de atribuirse á semejante diferencia en la bebida la que existe entre las costumbres de los orientales de la *clase del pueblo*, y las de los europeos de la misma condicion? Las de los primeros son infinitamente mucho mas dulces que las de los segundos.

Sea lo que quiera lo que haga el pueblo para corregirse en este sentido, se mostrará siempre con ello mucho mas moral que los que lo gobiernan. En efecto, tiempo es ya de decirlo, los legisladores tienen una gran parte en el mal que produce el vino en España. ¿Podrá creerse que solo en Madrid existen mas de mil establecimientos en que se espendeden al por menor horribles brevajes bajo la comun denominacion de vino? Las tabernas son una verdadera y perenne excitacion para la embriaguez. El pueblo no concurre á beber á ellas por-

que tenga sed, vá por una perniciosa costumbre y porque las halla al paso; si no hubiese tabernas, no se pensaria en beber fuera de las comidas. Se entra en ellas, primero, porque conduce un amigo, vuelve á entrarse para pagar á su vez con otro convite, y poco á poco, de esta suerte, vá adquiriéndose

El dia en que poseamos un gobierno amigo del pueblo, celoso de la moral pública, tendremos una ley que cerrará las tabernas, con tanta ó mas razon que se cierran y persiguen las casas de juego.

Hasta que tal suceda, debíanse empero tomar medidas para evitar algun tanto de mal.

Hoy dia, que nosotros sepamos, no existe castigo alguno contra el hombre sorprendido en estado de embriaguez, contra el que, perdiendo voluntariamente su razon, resulta ser presa de pasiones brutales, no siendo entonces menos peligrosos que esos pobres locos á quienes se encierra porque maltratarian en sus arrebatos á los mas caros objetos de su ternura. La embriaguez tiene aun libre curso en España, en tanto que los gobiernos todos de Europa tratan de ponerla un freno. La estrechez de los límites de nuestras columnas nos impide entrar en una serie de investigaciones y de estudios que no incluímos en este cuadro. Nos contentaremos únicamente, para dar una idea de lo que podria hacerse, con citar las medidas tomadas por algunos gobiernos que han dado de esta suerte tan alto testimonio de su respeto á la dignidad humana.

Una ordenanza del gran duque de Baden, de 1844, asimila las deudas contraídas por la compra al por menor de las bebidas espirituosas á las deudas del juego, respecto á las que no se admite accion alguna ante los tribunales. Otra ordenanza prescribe que en adelante no será concedida á nadie la autorizacion de vender aguardiente al por menor sino á las personas que se comprometan por escrito á no vender á una misma persona mas de un *masz* (una copa) al dia, y de no despachárselo nunca á los niños, bajo una multa de 15 florines (de 150 á 160 rs.) por cada contravencion. La misma ordenanza prescribe á los establecimientos piadosos que no distribuyan socorro alguno á los indigentes que hubiesen comprado aguardiente.

El 22 de diciembre de 1847, escribian de Mecklenbourg-Shwerin:

El gobierno acaba de publicar dos ordenanzas que tienen por objeto poner un freno al uso del aguardiente. En la primera no se reconocen como deudas legales las que provienen de la venta al por menor de aguardiente. Los espendedores tienen que denunciar todo acto ilegal cometido en la embriaguez, bajo pena de cinco rixd de multa. Todo individuo ebrio que diere lugar á un escándalo público, será castigado, las dos veces primeras con un encarcelamiento de tres á ocho dias, y en caso de reincidencia podrá prolongarse la detencion hasta un mes. Las autoridades quedan obligadas á prohibir la entrada en las tabernas y en las tiendas de vinos y licores á los individuos dados á la bebida, y en todo caso, á informar á sus propietarios, haciéndolos responsables á satisfacer una multa de 5 á 10 rixd en caso de contravencion. La multa, y en ciertos casos la prision tambien, se aplican á los que compran licores espirituosos para llevárselos á los individuos dados á la embriaguez. Los taberneros, espendedores de vinos y dueños de otros establecimientos, no podrán dar de beber á los que entren ebrios en sus tiendas, bajo la pena de 5 á 10 rixd. Por la segunda ordenanza se limita el número de los vendedores de licores espirituosos al por menor.

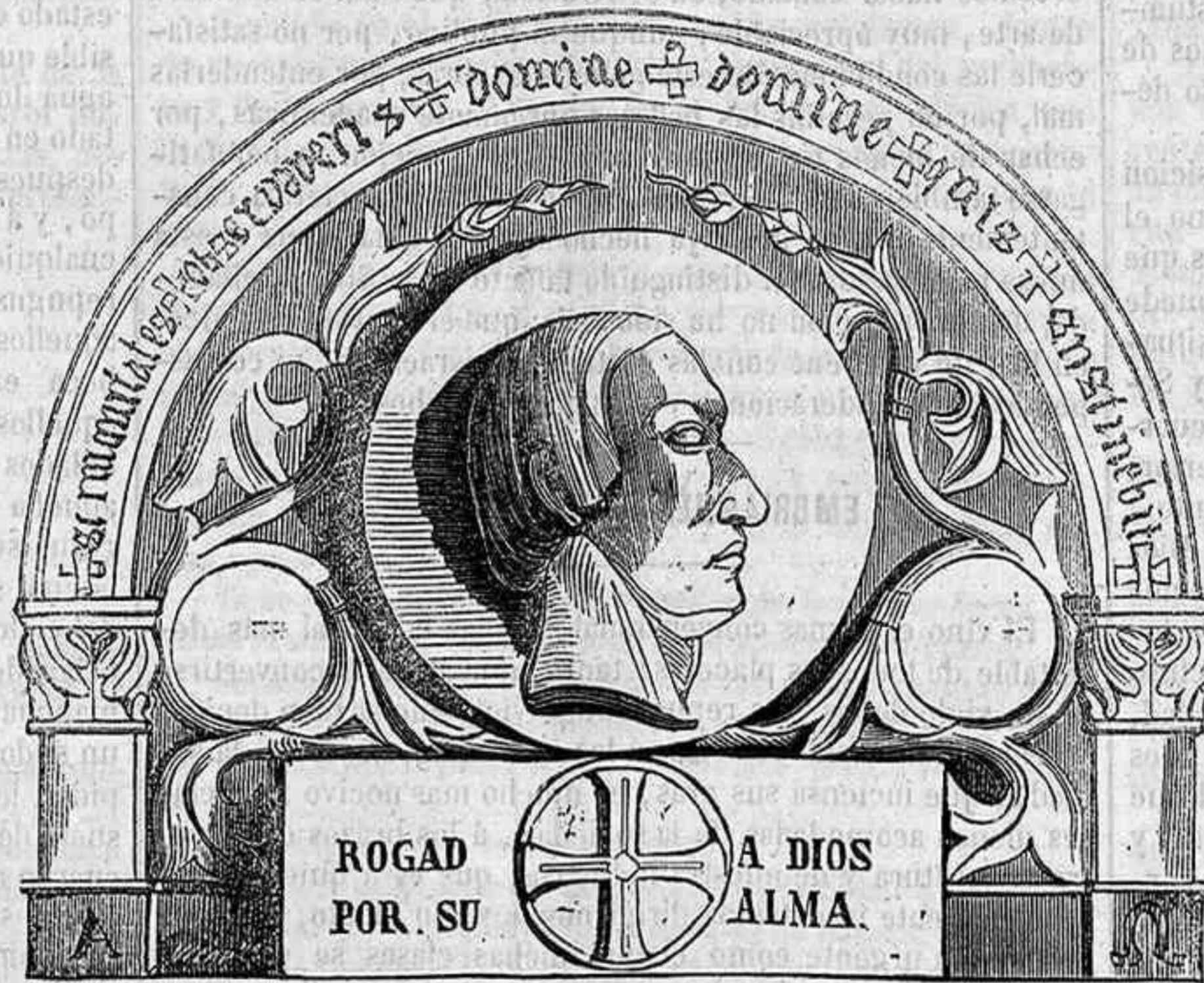
En Suecia son sumamente severas las leyes contra el abuso de las bebidas: por la primera vez se sufre la condena de una multa de tres dolares (63 rs. vn.); por la segunda, de seis dolares (126 rs.) por la tercera y cuarta vez paga el delincuente una suma mucho mas crecida, perdiendo ademas el derecho de elector y el de ser elegido. El domingo siguiente sufre el castigo de la picota en la iglesia parroquial. A la quinta vez, es encerrado en una casa de correccion, y condenado á seis meses de trabajos forzados, siendo

á la sexta vez de un año la duracion de este castigo. Convieta una persona de haber inducido á otra á la embriaguez, paga tres dolares (63 rs.), ó una suma doble si es este un minero. Un eclesiástico que comete semejante falta, pierde su beneficio; un seglar que ocupa un puesto de alguna importancia es suspendido de sus funciones, ó ya tambien destituido. Nunca es aceptada la embriaguez como atenuante para un delito eualquiera; un hombre que pierde la existencia beodo, no puede ser enterrado en el cementerio.



El contrabandista.

dose la fatal costumbre de entrar en esas casas malditas que se ven á cada paso en todas las calles, y adquirida ya la costumbre se contrae un vicio que hubiera sido imposible contraer de otro modo si no se hallaran á la mano tantas ocasiones, lastimosamente fáciles, de entregarse á él. Estas *rondas*,



Lápida ejecutada en mármol por D. José Siro Perez.

como las llaman, estas visitas sucesivas que regularmente suelen ser hasta siete, ocho, y diez, concluyendo por convertirse en esceso, ¿serian posibles, si no hallasen á su paso tantos puestos abiertos, casi incitándolos y provocándolos? ¿Y de aquí, cuántas querellas, cuántos actos violentos, consecuencia inmediata de la pérdida de la razon? Cuántos salen de la taberna para entrar en un cuerpo de guardia, y muchas veces en la cárcel y en un presidio por un asesinato cometido en la embriaguez!...

CEMENTERIOS.

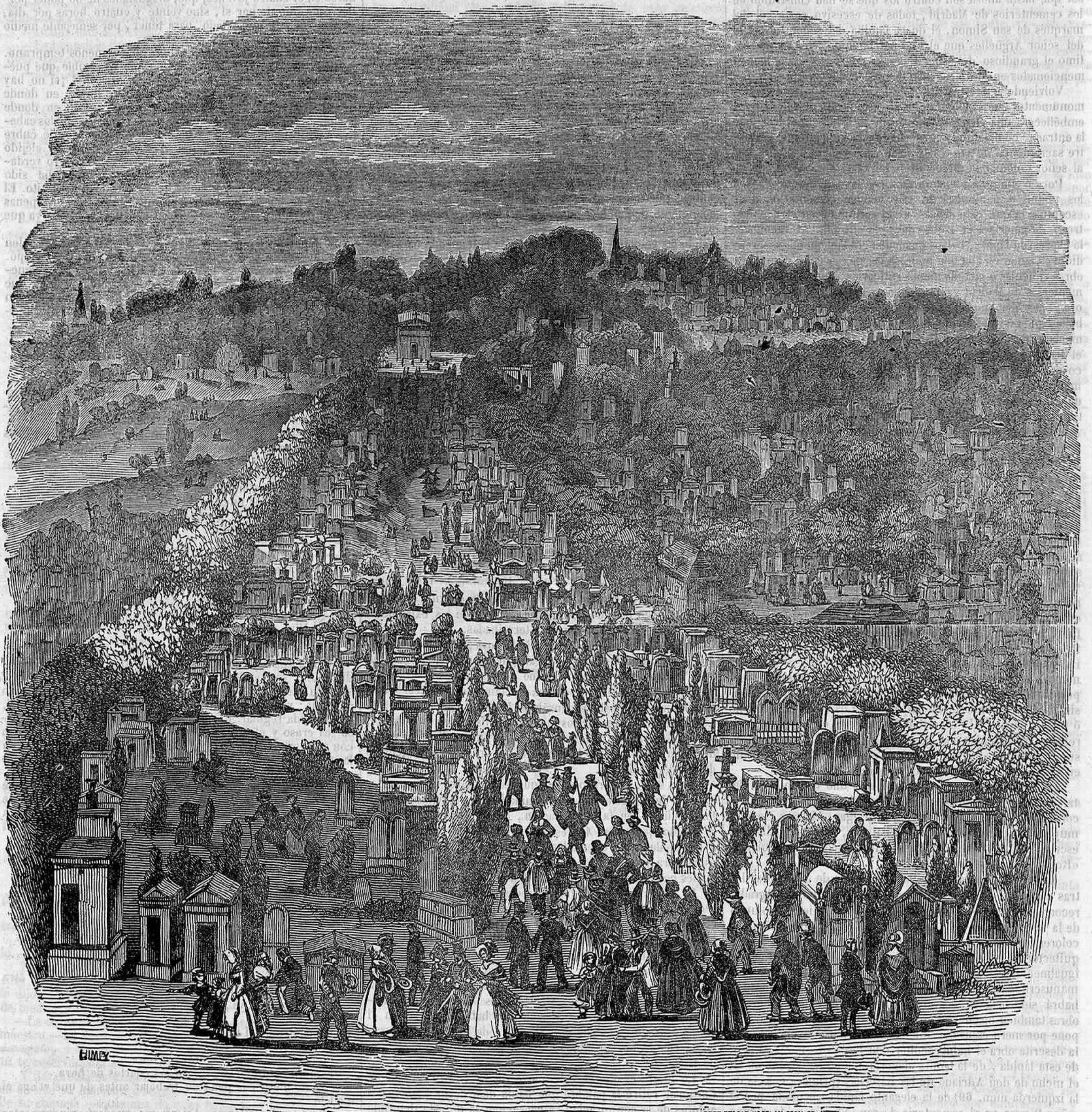
Desde que se abolió (1) la costumbre de sepultar los cadáveres en los templos, hasta la época presente, los cementerios son mirados por la mayor parte de los habitantes de Madrid con repugnancia, y aun con horror, repugnancia que puede tener alguna disculpa, si, como es justo, se considera el estado en que se han hallado los cementerios de la corte hasta que las sacramentales, haciendo loables sacrificios, luchando con indecibles obstáculos y sin proteccion alguna,

tículo, y representa la vista general del famoso cementerio del P. Lachaise en París.

Bien conocemos que la falta de aguas, la escasez de piedra y el excesivo coste de toda clase de obras dificultan el que nuestros cementerios lleguen al estado que muchas personas quisieran. Fundados en las espuestas razones, hallamos digno de particular elogio el celo de las sacramentales, que han realizado tan considerables mejoras. Quien visite sus cementerios y los compare con los generales, hallará una distancia inmensa, que ha podido solamente recorrer una constancia sin límites.

Dos son los campos santos generales que hay en Madrid;

Por su escelente disposicion, por su regularidad, por su hermoso jardin y por su estension, aventaja á todos los cementerios de Madrid el de San Luis, objeto principal de este artículo. Sin abandonar la forma de andanas (1) de nichos, de la que por ahora, al menos, es imposible prescindir, se ha planteado el sistema de monumentos aislados en el vasto jardin que ocupa el centro del inmenso cementerio que nos ocupa. Las galerías formadas por columnas de Pesto tienen un aspecto algo mas noble que el de los mezquinos pies derechos que hasta ahora estaban en uso; y á la verdad eran muy propios para circundar el patio de un parador. El ingreso en extremo ostentoso, consiste en dos elegantes pabellones que



Paris.—Cementerio del Padre Lachaise.

han logrado ir introduciendo el decoro correspondiente á lugares tan sagrados.

Muy distantes se hallan aun nuestros cementerios de competir con muchos del extranjero, en los que la variedad y el considerable número de monumentos, lo delicioso de los árboles y arbustos que los circundan y embellecen, no menos que otras circunstancias demasiado conocidas, para que de ellas nos ocupemos, dan á tales sitios el mayor interés, produciendo un efecto sorprendente, del que formará alguna idea quien fije su atencion en la lámina que acompaña á este ar-

y en ellos, fuera de la suntuosa capilla que el arquitecto Villanueva levantó en el de la parte del Norte, nada absolutamente hay que merezca ser mencionado, nada que corresponda al rango de una capital. Entre los cementerios de sacramentales, cuyo número llega á siete, se distinguen el de San Isidro, San Nicolás y San Luis. El primero, construido en 1811 por la sacramental de San Pedro y San Andrés, ha sido recientemente hermozeado con dos galerías de panteones, buenas por su forma y decoracion, y á las que es lástima no hayan dado mas solidez construyendo los zócalos de piedra. El cementerio de San Nicolás, notable por varias circunstancias, y muy particularmente por contener el panteon de Calderon de la Barca, recibe en la actualidad considerable aumento y mejora.

se levantan en los extremos, y entre los que corre una bonita verja de hierro sostenida por diez pilares de piedra de bella forma.

Lástima es que las esculturas de metal que en ellos se ven, sean tan desgraciadas, y no menor lástima que se hayan grabado en la piedra inscripciones tan pobres como estas «aquí vendreis á parar, vivos elegid lugar.» «Padres, esposa, hijos tuve: uno á uno los perdí, y ya estamos juntos aquí.» «Registra las sepulturas desvanecido mortal ¿qué hay en ellas? polvo igual.» El lector juzgará de tales letreros.

En cuanto á los epitafios, así en este como en los de-

(1) No andanadas como dice el vulgo, pues andana es una cosa, y andanada es otra.

(1) En 1787 se espidió una real cédula prohibiendo que se enterrasen los cadáveres en las iglesias; pero no tuvo efecto esta reforma en Madrid hasta el año de 1809.

—Habla, Gargantua.
 —Que se suba sobre una silla.
 —No, sobre aquella tabla.
 Impelen á Gargantua sobre una tabla adherida á la pared, á seis pies de altura, y le invitan á que hable.
 Gargantua espone entonces que no puede hacer tantas cosas á la vez, que se embrolla su memoria, y que se siente muy cansado.
 —¿Cómo, Gargantua, hijo mio, has creído por ventura que habrías de llegar á ser un gran pintor de otro modo que á costa de mucho trabajo y de fatigas sin número?
 Baján á Gargantua.
 —Vamos, á trabajar.
 —Es preciso cerrar la puerta.
 —Y poner encima de ella que no estamos; de ese modo no se estarán dos horas llamando; nada hay que me disguste tanto como el estar oyendo llamar.
 —¿Dónde está el clarion?
 —Es imposible dar con el clarion; Gargantua lo habrá perdido; Gargantua va á morir si no encuentra el clarion.
 —¡Ah! ¡aquí está!—escriben en la puerta:

«NO HAY NADIE.»

—¡Ah! alguien sube; ese debe ser algun desocupado.
 Y cada cual abriga con vehemencia la esperanza de que si lo será.
 —Esto es insufrible, así no se puede hacer nada.
 —¡Nada!
 —Absolutamente nada.
 Ya han dejado las paletas y los tientos.
 —¡Ah! se detienen mas abajo.
 —¡Ah! tanto mejor, exclama tristemente el taller. Cierren la puerta, Antonio, al dirigirse á su sitio, mira el lienzo colocado en el caballete de Carlos Mithois.
 —Gargantua, ven aquí á recibir una reprensión bien merecida; ponte enfrente del lienzo de Carlos.—Escucha, Gargantua, pronto hará dos años que te ejercitas en los primeros elementos de la pintura;—todos los días pintas de negro mis botas. Sin embargo, veo que vas siguiendo muy mal camino, que no estudias bastante á los maestros,—observa bien á Carlos.—Tú, limpias mis botas, y por poco que ande durante una hora ó dos en el polvo ó en el lodo, ya maldito si parece que lo han sido: el lustre no tiene brillo y está manchado;—¡pues bien! mira el lienzo de Carlos, sus soldados han caminado durante toda la noche, dan una sangrienta batalla, pisan sobre polvo, sobre lodo, sobre sangre;—y no obstante, sus zapatos se ostentan negros y brillantes. De ese mismo modo es como yo quisiera que embetunases mis botas.—No me cansaré de repetírtelo, Gargantua, estudia á los maestros.

Nocturna versate manu, versate diurna.

Durante el anterior discurso de Antonio, se había colocado el taller delante del caballete de Carlos, y la peroración fué acogida con prolongadas carcajadas.
 En este instante, entró Leon.
 —¡Cuánto nos alegramos de verte!
 —Aun cuando nos haces perder tiempo, estábamos dispuestos á trabajar como tigres.
 —Y esto no nos sucede tan á menudo, que no miremos como preciosos estos instantes. Un poeta, cuyo nombre no recuerdo, ha dicho hablando de la vida:
*Se despierta y levanta; y se viste y se va;
 Vuelve y almuerza y come: se acuesta y duerme en paz.*
 A la nuestra es á la que se aplicaría con mayor exactitud esta definición. Pero nosotros ¡hemos cambiado esto, trabajamos.
 —Pero, espuso Leon, quién os obliga á que suspendais vuestras tareas? Gargantua va á darme una pipa, la fumo y en seguida me marchó. No trato de hablaros ni de haceros hablar. Espero solo á que sea hora de ir á dar una lección cerca de aquí.
 —No importa, vamos á hablarte con seriedad, porque así conviene á tus intereses. Te haremos el sacrificio de nuestro trabajo de hoy.
 —Sí, se lo sacrificaremos.
 —Nada hay que deje de hacerse en obsequio de la amistad.
 —¿Queréis hablar, interpuso Leon, del servicio que os hago?
 —¿Qué servicio?
 —El de impedirlos que trabajéis, el de ocasionaros un pretexto honroso para no trabajar.
 —¡Oh, virtudes desconocidas! ¡Oh, injusticia de nuestros contemporáneos!...
 —Es igual! por esto no ha de amenguarse nuestro celo.—Gargantua, las pipas.
 Levantóse Gargantua, y sin hablar palabra, se colocó ante su amo, esperando una orden mas detallada.—Su amo le dijo, haciendo intermediar de orden á orden un instante de meditación:
 —Le darás:—*Fatmé*, á Lefloch, —La *Abrasa-Galillos*, á tu maestro.—La *Rotschild*, á Mithois.—El *Etna*, á Leon.—La *Sardanápalo*, á Edgar Sagan.—Los *Cinco-liures*, al modelo: y tú te reservarás la *Liliputiense*.
 Y Gargantua se dirigió á una especie de armario pequeño en el cual se hallaban colocadas las pipas cada cual debajo de su etiqueta.—Cada una de ellas había sido solemnemente bautizada á su entrada en la casa, y se la había aplicado un nombre segun una particularidad cualquiera que la distinguía.—La *Rotschild* era una pipa de espuma, montada en plata.—La *Sardanápalo* tenía una preciosa boquilla de ambar amarillo.—La *Cinco-liures*, podía contener media onza de tabaco.—*Fatmé* era una pipa turca.—Gargantua ejecutó escrupulosamente las órdenes que le habían sido dadas, y por una distinción particular, llenó por sí mismo la pipa de su amo. Cuando se hallaban ya todos fumando, Antonio Huguet tomó la palabra.
 —Leon, estas dando mil disgustos á tus amigos; tienes un vicio que nos ocultas. La presente sesión tiene por objeto el hacerte confesar tu vicio, para que lo compartamos si es que por acaso divierte, ó para obligarte á que lo dejes, si acaso no.
 —Tú ganas dinero; pero mucho dinero! ¿Qué es lo que haces de él?
 Leon sintió enrojecerse hasta las orejas, aunque no porque pudiera enfadarse por semejante broma; estaba, muy al contrario, acostumbradísimo á recibirlas. Pero por nada en el mundo hubiera querido hablar, ni dejar que se hablase de

su hermana.—La costumbre que tenían aquellos jóvenes de convertirlo todo en broma, le hacia avergonzarse de su buen comportamiento. Quizá había tambien algun otro entre ellos que ocultaba asimismo algun buen sentimiento, con no menos hipocresía que Leon. Un provinciano que se hubiera visto colocado de súbito en medio de aquellos jóvenes, se hubiese creído, al escucharlos, en una caverna de bandidos.—Nada era mas comun que el oír hablar de estrangular á los tios que se retardaban en el envío del dinero; de hacer hervir en aceite á los propietarios demasiado exactos en enviar un recibo; etc., etc.
 Huguet continuó:
 —En otro tiempo nos honrabas; sostenias nuestro crédito decaído. Al ver entrar en nuestra casa un caballero bien trajeado, un dandy, nos respetaba la frutera á causa de nuestras relaciones (*Movimiento*). Tenias uno de esos esteros que le es á uno embarazoso y costoso el sostener, pero que gusta mucho verlo en los demas (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)
 El orador guardó silencio un momento y dió algunas chupadas á su pipa.—Todo el auditorio inclinó la cabeza en señal de asentimiento.—Leon se levantó, exclamando:—¡Estas loco!—¡Ah! prorumpió Antonio Huguet, hé aquí lo que son los hombres; no es uno cuerdo cuando aprueba ó comparte la locura de los demas (*Movimiento de aprobacion*); pero no esperes de nosotros tan baja adulacion: somos tus amigos, y ante nada retrocederemos hasta probártelo (*Muy bien*).
 —¿A donde se ha ido aquella elegancia irreprochable? ¿Qué se ha hecho de aquella armonía, de aquella audacia siempre bien medida?—¿Aquellas modas adivinadas con una semana de antelación? ¿A donde está nuestro Leon? El Leon que fué siempre el primero en llevar los chalecos muy cortos y los cuellos muy estrechos.
*Quantum mutatus ab illo
 Hectore, qui redit exuvius inductus.*
 —¿Cuánto dista de aquel Hector que vuelve cubierto con los despojos de Aquiles!—Mas bien parece en efecto, cubierto con los despojos, aunque no como Hector, con los despojos gloriosos, sino con los que llevan al hombre ignominiosamente los ropavejeros (*que continúe*).
 —¡Ah! por vida mia, exclamó Leon,—que se esforzaba por ocultar su disgusto:—no hay duda que os sienta bien á vosotros el haceros los esquisitos en punto á la manera de vestirse! Vosotros, que los domingos no haceis otra cosa que poneros las blusas del revés.
 —Hablad mas respetuosamente al tribunal.
 —No acepto su competencia.
 —El tribunal se declara competente, (*silencio, silencio*).
 —Y en efecto, señores, ved en qué traje ha osado presentarse ante nosotros el acusado, aquí, en el templo del gusto; aquí, donde no conocemos otro Dios que *lo bello*.
 —Vuestro Dios, interrumpió Leon, no es como el nuestro: no os ha hecho á imagen suya.
 —El acusado agrega el cinismo de la espresion al del traje. Empero no me dejaré intimidar seguramente por sus furros. Conozco la importancia del mando que me ha sido conferido.—Estamos aquí por la voluntad del pueblo, y no abandonaremos nuestros puestos sino á la punta de las bayonetas! Tomad mi cabeza! (*Bien! muy bien!—agitacion*.) En qué traje, repito, osa presentarse ante nosotros el acusado? Un frac raído, cuyas costuras blanqueadas por el tiempo, se hallan mal teñidas con tinta.
Tal, cual nuestros cabellos nuestras ropas blanquean. (Risas.)
 Y es de nosotros de quienes se trata de abusar con tan groseros subterfugios! De nosotros, que hemos inventado los cuellos para la camisa de papel de cartas! Y el arte de salir tres con dos pares de guantes! Y ese sombrero, ese sombrero deformado, ese sombrero tan desaliado como una gorra de pelo,—ese sombrero que se avergüenza de sí mismo.—Ese chaleco y ese pantalon que, segun la oportuna espresion de J. B. Rousseau,
Rujen de espanto al verse reunidos,
 ó por mejor decir, que se niegan á ir reunidos y se separan con horror.
 MITHOIS.
 Pido la palabra.—Llamo la atencion de la cámara sobre las botas del inculpado.
 ANTONIO.
 En efecto, ¡qué botas, señores, qué botas!—Ah! no puedo menos de participar del disgusto de un antiguo poeta francés (RONSARD), que decia:
*Combien je suis marry que la muse françoise
 Ne peut dire ces mots comme fait la grégeoise,
 Ocyrore, Dispotme, Oligochronien,
 Ma muse les dirait du sang Valésien.*
 UNA VOZ.
 Al orden!
 ANTONIO.
 Y yo tambien, Señores, yo tambien siento el que la musa francesa no tenga, como la italiana, una palabra particular para designar un calzado tan plebeyo—(*Bien, bien*).
 —¿Qué botas, señores! Ved cual las lleva torcidas y deformadas! Y es en vano que trate, el acusado estrechando uno contra otro sus pies, de disimularnos una pieza que deshonra su bota derecha!—(*Murmullos en diverso sentido*)—*Oh! Oh!—Ah! ah! ah!—Eh! Eh! (Numerosas muestras de desaprobacion)*.
 UNA VOZ (*que podría ser la de Leon*).
 —Es indigno valerse de esas palabras!
 MUCHAS VOCES.
 —Al orden! al orden!
 ANTONIO.
 Pido la palabra para una alusion personal.—No es difícil, señores, el no equivocarse cuando no se hace nada; pero quien mas embarazado se encuentra siempre, como vulgarmente se dice, es aquel que tiene la sartén por el mango.

—Perdonen vds., señores, exclamó Leon, creo que soy yo aquel á quien tratan de freir.
 —Pedimos, dijo el orador, á nuestro amigo, que nos dé la razon de esa negligencia, de ese abandono. Ah! si no tuviera dinero, si estuviera mendigando como nosotros, sería otra cosa.—Sabemos respetar la desgracia.—Pero no es esa la posicion de nuestro amigo. Le interrogaremos, ademas, porque se escusa de asistir á nuestras partidas de campo, cuando se le convida,—cuando nosotros, pobres diablos, sabemos procurarnos siempre dinero para tan graves atenciones.—A usado, ¿que teneis que respondernos?
 Leon entonces se hizo el calavera,—habló vagamente de mugeres, de desórden, de deudas,—de orgías,—etc., etc.
 Cuando hubiera podido decir:
 —Me veis mal vestido:—pero á mi hermana Geneveva no la falta nada; gusta calzado de raso del mejor zapatero, y su lindísimo pié no pierde ninguna de sus ventajas;—sus vestidos son confeccionados por la mas afamada modista;—yo no tengo capa, pero ella tiene lumbre suficiente con que calentarse;—mi hermana Geneveva no echa nada de menos;—la repugnante pobreza no se la aproxima, ni marchita su juventud, con su mortífero aliento.
 V.
 Geneveva inventaba todo género de economías para hacerle gastar menos á su hermano, en tanto que Leon, por su parte, estremeciéndose de dolor y de cólera ante la idea de cualquiera privación que pudiera sufrir, inventaba por ella mil deseos, con el objeto de satisfacerlos. Una noche encontró ocupada á Geneveva en el arreglo de un vestido viejo. Aquel mismo día había visto atravesar por las principales calles miles de mugeres de virtud dudosa, magníficamente vestidas y llevadas en soberbios carruages, arrastrados por troncos inmejorables.
 —¡Dios mio, hubo de preguntarse á sí mismo, qué es lo que la tiene reservado Dios á una criatura buena y virtuosa, como Geneveva, cuando de tal suerte permite que se les prodigue á esas mugeres, sin corazon y sin amor, todo cuanto de bello y rico existe en el mundo?—Todo el día había estado preocupado por semejante sentimiento. Por la noche, la ocupacion en que vio invertida á Geneveva acabó de llenar el colmo de su dolor.—Sentóse á un lado y la dijo: ¿Por qué compones aun ese vestido viejo y usado?
 —Oh! ya verás, le respondió Geneveva, los buenos oficios que ha de prestarme este verano.
 —Sin embargo, siempre serán inferiores á los de uno nuevo.
 —Uno nuevo costaría mucho, y nuestros medios....
 —Quién te ha dicho semejante cosa, hija mia? Participas tú tambien de la opinion vulgar? Crees por ventura que un artista está destinado á vivir en la miseria y á morir en el hospital?—La hermana de un músico debe presentarse á igual altura que las demas mugeres. Yo gano, y gano mucho.—Quiero que vayas siempre hermosa y vestida con esmero.—Ese vestido viejo se lo darás á la muger que nos sirve. Y ahora, en cuanto comamos, vamos á ir á comprar uno.
 Y al pasar por los boulevards, la llevó á tomar helados en Tortoni. A su alrededor se veian muchas mugeres, cuyos carruages las esperaban en la calle.—Una ramilleteira las vino á ofrecer un ramo preciosísimo.
 —Cuánto es ese ramo? la preguntó una de aquellas mugeres.
 —Diez francos.
 —Es muy caro.
 La vendedora ofreció entonces su ramillete á las demas: todas le dieron igual respuesta. Pero cuando pasó por delante de Leon, la echó sobre la mesa dos monedas de á cinco francos. Presentóle ella el ramillete á Geneveva, á quien las mugeres y los hombres que las acompañaban hubieron de mirar con curiosidad.
 —Qué locura! le dijo Geneveva á su hermano, al salir de Tortoni.
 —No lo es, la respondió Leon. No eres tú por ventura mas hermosa que esas mugeres que nos rodeaban y que tenían así como un aire de impertinencia? Se me ha antojado contrariarlas un poco.—Entraron en un almacén de modas y Leon eligió para su hermana todo lo mas lindo que en él encontró.
 En cuanto á él, aquella noche se ocupó en teñir con tinta las costuras de su frac.
 VI.
 Una mañana llegó Alberto, pálido y con la voz agitada. Llamó á Leon aparte y le dijo:—¿Sabes lo que me pasa? Durante mi ausencia, mi oficial mayor, á quien le había dejado una carta para Eleonora, la ha visto, la ha hecho el amor, la ha agrado, ha vivido con ella por espacio de dos meses, y ha desaparecido, dejando un déficit de 30,000 francos en mi caja. Esos 30,000 francos no me pertenecian; estoy perdido si mi padre no me auxilia; vengo á buscarte, porque yo no me atrevo á afrontar solo la primera impresion que va á causarle semejante relato.—Leon no le respondió palabra, se vistió y siguió á Alberto á casa de M. Chaumier.—M. Chaumier comenzó por enfurecerse, y despues concluyó diciendo que no tenia dinero, lo cual era verdad.—Los Redeuil lo impelian cada día á nuevos gastos; últimamente lo habían inclinado á que se abonase á medias con ellos á un palco en la Opera, y á otro en el teatro Italiano. Durante casi todo el invierno le habían hecho que tuviese un carruaje por meses. Todos los domingos había de desplegar mayor suntuosidad que el domingo precedente. Rosa, sin pensar en el dinero que podía tener de coste, mandaba hacer á su costurera y á su modista todo cuanto la gustaba en cuantas jóvenes veia. Modesta contribuia en cuanto la era posible á este género de gastos; estaba orgullosa con la belleza de Rosa, á quien creia haber educado, y por otra parte esperaba humillar algun tanto á Geneveva por la comparacion de los adornos de Rosa con los suyos.—Y sin embargo, Geneveva, aun cuando menos rica que su prima, hallaba ocasiones de ser generosa para con ella: si decia Rosa que era de su gusto una cinta ó un prendido de Geneveva, transcurridos algunos dias recibia otro semejante.
 M. Chaumier concluyó por comprender que no había que dudar; contrajo un préstamo *in solidum* con su hijo, á pagar transcurrido un largo plazo, pero tambien á intereses sumamente crecidos. Al volver á su casa, le dijo Leon á su

hermana:—Hasta otra vez ya ha salido Alberto del apuro; pero es preciso que se apresure de casarse, y á casarse con una muger muy rica.

Genoveva quedó entonces tristemente sorprendida al ver que aun la restaba alguna esperanza que perder.

Por circunstancias independientes á su voluntad, habia dejado Leon de asistir á una leccion dos veces consecutivas.—El dia en que Alberto vino á buscarlo, contaba con reparar su negligencia, pero no creyó que debia rehusar á su primo el servicio de asistirle contra el primer choque de la cólera paternal. Asi que, al dia siguiente, recibió una carta en la que le decian: «Que comprendian perfectamente que un artista de talento fuese buscado y solicitado por todo el mundo, y que de esta suerte no le fuera posible tener siempre todo su tiempo á su disposicion. Por lo tanto le pedian perdón por el que le habian hecho perder hasta allí y renunciaban, aun cuando muy á su pesar, á las lecciones que daba, ó por mejor decir que no daba al hijo de la casa.—Habian, siempre con un vivo sentimiento, buscado otro maestro, menos célebre, es verdad, pero tambien menos ocupado, y al cual le permitia su oscuridad una asiduidad y una exactitud que, sobre todo en los principios, podia muy bien suplir á un talento superior, etc., etc.»

Nada habia que responder á esto; le presentaban el asunto como concluido, y ademas habia en la carta una finura mezclada de ironia que ajaba el orgullo de Leon y que no le permitia dar el menor paso.

Algunos dias despues, recibió una invitacion para ir á comer á casa de su discipulo de Auteil.—Se encerró temprano en su aposento, para preparar, sin que se apercibiese Genoveva, su traje para el dia siguiente; pero esta, inquieta al ver luz en el cuarto de su hermano á la una de la mañana, se levantó,—y fué á mirar por la cerradura.—Entonces vió ocupado á Leon en dar con sumo cuidado tinta á las costuras de su frac,—segun hacia de tiempo en tiempo;—doblar su corbata de seda negra, de modo que no se viesen sus dobleces ordinarios que estaban deslucidos, etc., etc., etc.

Genoveva se retiró sin hacer ruido;—en toda la noche pudo conciliar el sueño; acababa de comprender la generosidad y los sacrificios de su hermano;—por la mañana no le dijo nada de su descubrimiento,—pero al pasar por la pieza, en que se hallaba colocado en una silla aquel frac viejo,—aquel frac viejo por el cual menospreciaban muchas personas á Leon, se inclinó y lo besó con respeto.

VII.

La casa de Auteil era sumamente rica. Leon fué perfectamente recibido,—empero habia en la manera de tratarlo detalles casi imperceptibles que no por eso dejaban de herirle. Algunos descuidos de los criados le ponian de manifiesto el verdadero pensamiento que acerca de él tenian los amos, demasiado finos y circunspectos para demostrárselo por sí mismos. Su asiento en la mesa, cuando á ella se sentaron, no era de los preferentes, pero esto podia muy bien atribuirse á su edad. De vez en cuando no le servia cualquiera de los criados sino despues que á las personas de la casa,—lo cual reprobaba la señora con una mirada,—pero Leon se apercibia del olvido y de la mirada.—Muchas veces cuando llegaba, en lugar de anunciarlo por su nombre y en la forma ordinaria, abria una criada la puerta de la sala exclamando: *Es el músico.*—Un dia, un criado nuevo, campesino bastante rústico traído por Mr. Sanlecque de sus posesiones de Reims, encargado de entrar el refresco á la sala, despues de haberles ofrecido á todos los circunstantes, la pregunto á su ama á media voz: ¿Hay que darle tambien al músico?—Ningun mal hubiera habido en esto, si madama Sanlecque hubiese repetido en alta voz y sonriéndose, la barbaridad del torpe campesino, lo cual es indudablemente lo que hubiera hecho si se hubiese tratado de alguna persona considerada de todo punto como igual, y respecto de la que hubiera sido una necesidad incontestable;—empero se puso muy encarnada y le respondió en voz baja:—Seguramente. Nada de esto se le escapaba á Leon, siempre alerta, y siéndole muy necesario pensar en Genoveva, para haberse de resignar á tantas humillaciones. Él de muy buena voluntad no hubiera parecido por las invitaciones que le dirigian hubiera sido comprometer la duracion de estas mismas lecciones. Anhelaban su asistencia por su talento y ademas por hacer que diese mas baratas estas mismas lecciones;—tacañerías en que incurren con gusto y especial tacto las personas mas ricas y mejor consideradas.

Mr. y madama Sanlecque no tenian sino un hijo, jóven de 13 á 16 años, bastante favorecido por la naturaleza, y debia llegar á ser muy rico con el tiempo, pues á la fortuna de sus padres debia agregársela de dos ancianas tias que habian permanecido solteras. Solo que, como las personas que son muy felices sienten la necesidad de crearse tormentos y disgustos, Mr. y madama Sanlecque, de con un acuerdo, habian formado para su hijo un plan muy detallado en el cual se hallaban incluidos dia por dia y hora por hora, desde la de su nacimiento, hasta la de su casamiento y aun mas allá. Estaban en la persuasion de que no podia existir otro alguno ni mas prudente ni que le hiciera mas dichoso;—asi que, cada vez que la voluntad del niño ó los acontecimientos llegaban á desviarlo de él en un ápice,—lo que estaba acaeciendo continuamente,—recibian un disgusto de los mas vivos, y no perdonaban medio alguno para hacer que siguiera sin desviarse por la senda de la buena vida. Teodoro (presente de Dios) Sanlecque tenia diez y seis años;—debía, (segun el famoso plan) continuar aun su educacion durante dos años mas: despues viajar otros cuatro años con un preceptor:—en seguida de lo cual volveria á París, en donde se casaria con la hija de un amigo de M. Sanlecque. Nos hemos dejado por decir que, hasta tal época, era preciso que se viese exento de toda clase de sentimientos de amor, y que sus ojos no se fijasen en ninguna muger: que necesitaba guardar su primer mirada, el primer latido de su corazon, su primer estremecimiento para la muger que le habian destinado sus padres. Hasta allí todo habia ido bien, respecto á este punto;—pero los demas puntos de la *circopedia* para el uso de Teodoro Sanlecque habian tropezado con mas inconvenientes.—Todo el

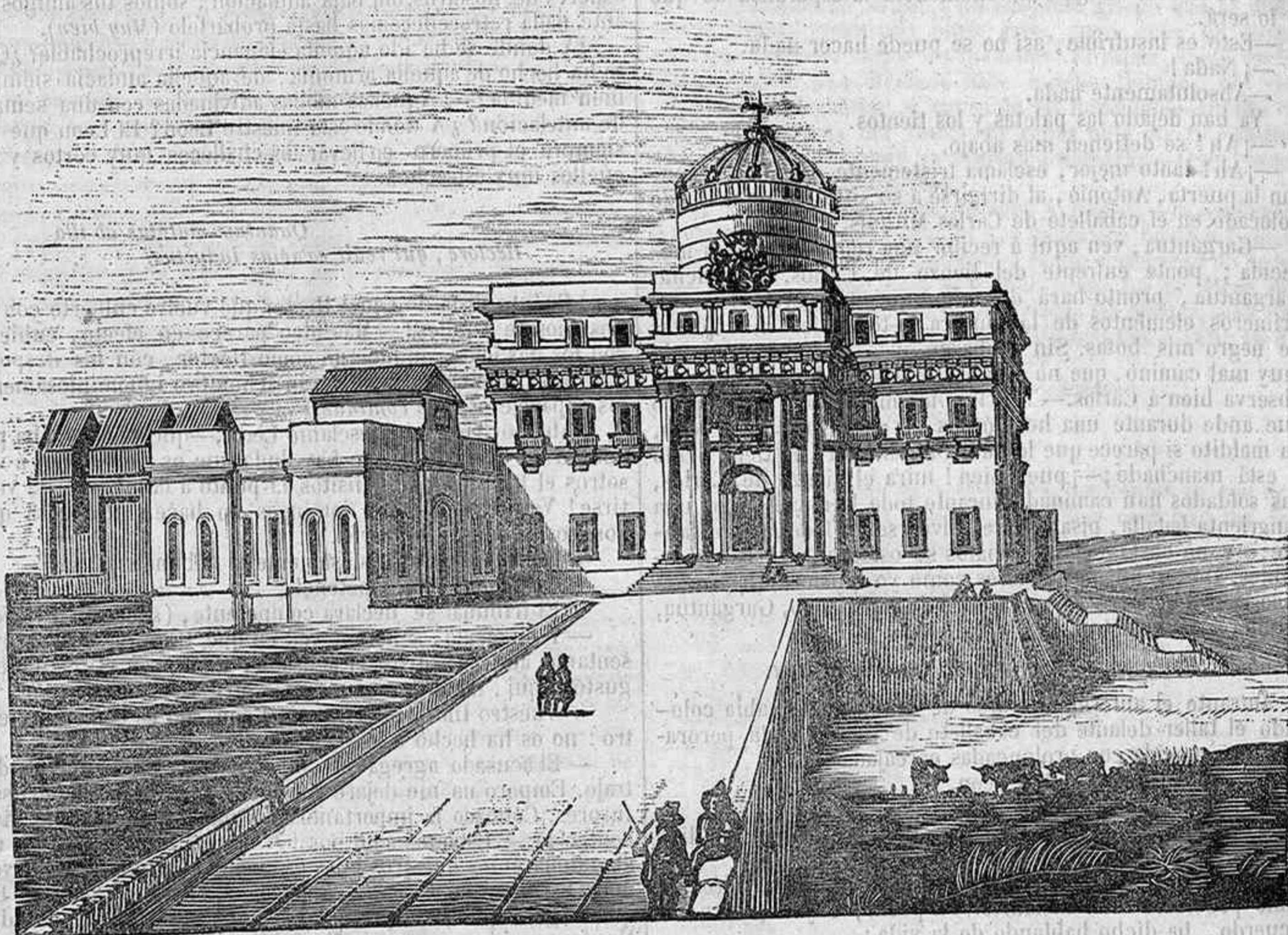
plan habia sido compuesto por M. Sanlecque, conforme á su modo de ver de hombre de temperamento linfático; empero el jóven resultó nervioso y sanguíneo. Lo que habian calculado que le divertiria, le fastidiaba horriblemente;—los estudios le eran antipáticos;—se asemejaba á un hombre que pasase su vida entera calzándose botas que le estuvieran estrechas.

Por una enorme concesion, habian sido reemplazadas, en equivalencia, las matemáticas por la música; lo cual trastornaba en gran parte los planes. Es cierto que Teodoro engañaba á su padre, que no era muy fuerte en ellas: habiálo persuadido de que sabia ya lo bastante para poder continuar estudiándolas sin maestro;—y de vez en cuando fingia dedicarse á la resolucion de algunos problemas, sin que el papá Sanlecque se apercibiese de la mentira.—Asi que, un dia que sorprendió á Teodoro emborronando un papel,—teniendo apoyada la cabeza entre las manos, etc,—le preguntó: ¿qué era lo que hacia?

—Medito en la resolucion de un problema.

—Ah!
—De un problema de matemáticas.
—Sí, y qué dice ese problema?
—Es muy complicado para vd., papá.
—No importa, dime cómo es.
Teodoro, que escribia versos, lo cual no hubiera querido confesar á su padre por nada en el mundo, le dijo: Hé aqui el problema que me trae sumamente pensativo; pero con él que al fin daré indudablemente. «Si una libra de manteca cuesta tres francos, ¿cuánto costará un pantalon de piel?»
—Ah! exclamó el papá.
—Ordinariamente suele hallarse una cosa desconocida, con relacion á otras dos desconocidas; pero aqui solo me es conocida una de ellas.
—Te dejo, te dejo.
—Ah! por vida mia! exclamó Teodoro Sanlecque! gracias á Dios que dí con el consonante en *eza* que buscaba «*empieza ternera*» esto va divinamente.

(Continuará.)



Observatorio astronómico de San Fernando.

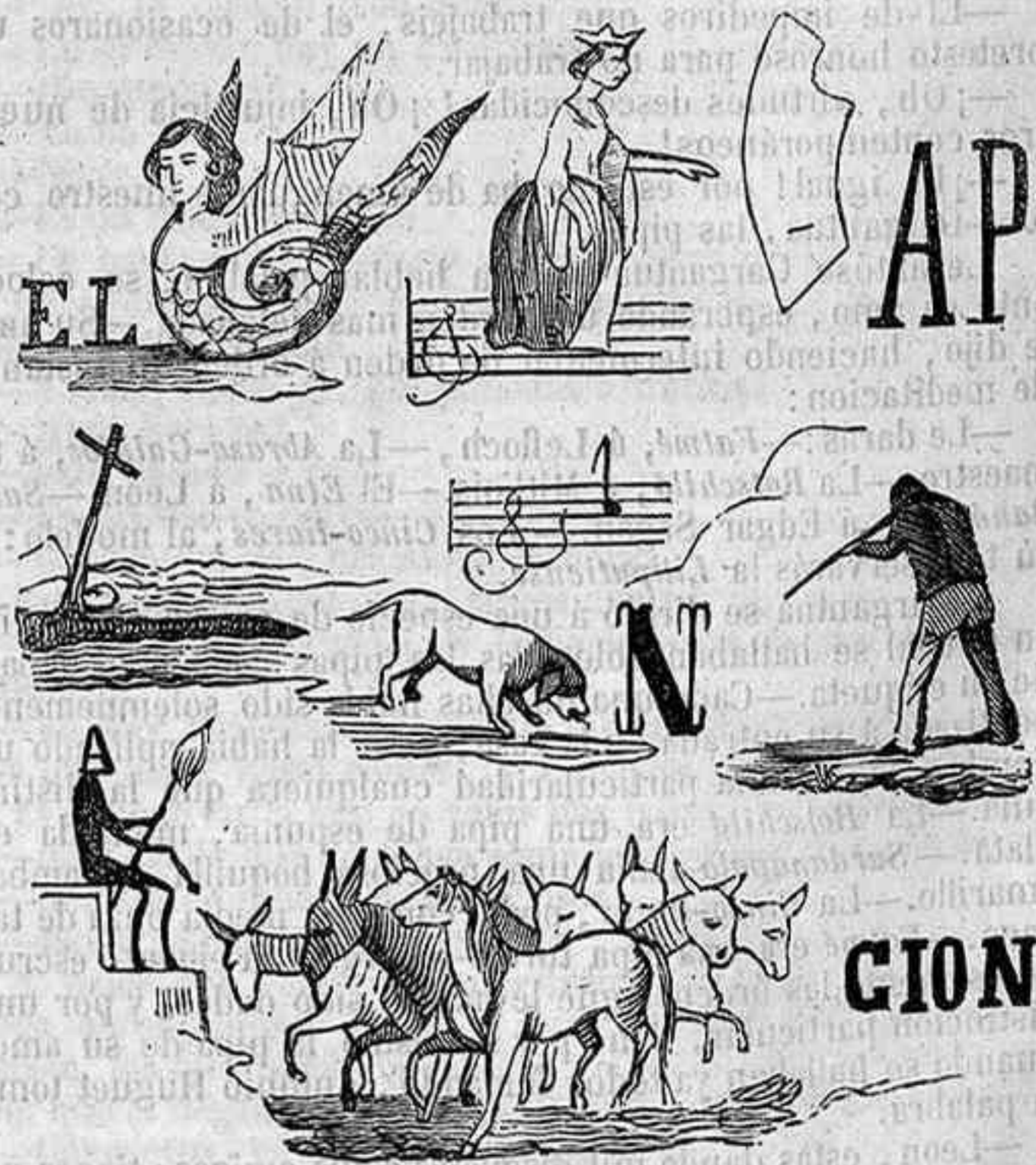
El Observatorio astronómico de San Fernando y el Calendario civil.

Ya se halla de venta el Calendario civil para el año próximo de 1850: al ver reproducido este librito con la misma mezquindéz en la redaccion y en la forma que hace cincuenta años, no podemos menos de lamentarnos nuevamente, de que exista todavia un privilegio absurdo en favor del Observatorio de San Fernando, que sea causa de que no tengamos nunca otro almanaque civil que media docena de hojas de papel de estraza llenas de cosas vulgares, malamente impresas y plagadas á veces de errores, entre los cuales son de notar los que la prensa señaló en el del corriente año. No se concibe, en verdad, como no se ha fijado aun la atencion en los perjuicios que ocasiona un privilegio que hace del Observatorio de San Fernando otro perro del hortelano. Este establecimiento estorva, escudado con su privilegio, la aparicion de otras publicaciones del mismo género, pero no introduce una sola innovacion que haga tolerable su calendario. Prescindiendo de lo monstruosa que es una prohibicion absoluta de que se den á la prensa las observaciones que hagan los hombres que se dedican al estudio de una ciencia, admira que por proporcionar el Observatorio de San Fernando ciertos productos mezquinos, se tenga estancado un ramo importante de las ciencias astronómicas, pesando aun sobre los hombres estudiosos la prohibicion de dar á luz el fruto de sus tareas, y condenándose asi voluntariamente el pais á no tener nunca un buen almanaque civil que preste utilidad verdadera á todas las clases de la sociedad.

Mientras que en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en todas las naciones civilizadas se multiplican hasta lo infinito los almanaques, ofreciendo cuantas noticias pueden apertarse en trabajos de este género, nosotros seguimos condenados á tener por único guia durante el año, un miserable cuadernito á guisa de librito de papel para fumar, gracias al cual sabemos los dias de gala, los en que se saca ánima, los nombres de los santos y tenemos el gusto de aprender que en el año hay cuatro estaciones y de leer unos cuantos renglones desiguales titulados Juicio del año. En Portugal, mas adelantado que nosotros en este y otros puntos, aunque causa

rubor el confesarlo, se publicó el año anterior un *Almanaque Popular* que tuvo grande acogida en España: esta publicacion ha aparecido ya para el año de 1850 (1) y es digno por mas de un título de nuestras recomendaciones; á la voga de que siempre han gozado por su exactitud los calendarios portugueses, reúne este una infinidad de noticias curiosas y amenas, pudiendo suplir muy bien por la casi identidad del idioma portugués con el español, la falta de obras de esta clase, que echan de menos los que con razon no se contentan con nuestro prosaico y vetusto Calendario.

GEROGLIFICO.



LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

(1) Se vende en nuestras oficinas á 4 rs. Consta de un tomito de 164 páginas en 8.º de letra muy compacta y hermosa impresion.